

bién es precursora de otras sátiras literarias teatrales, como el *Sainete segundo*, de Sor Juana, y el *Segundo fin de fiesta*, de Peralta Barnuevo. La colaboración de Arrom y Rivas Sacconi puede servir de modelo a los investigadores de los distintos campos de nuestras letras, cuando alguna vez se encuentran en el camino.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico Mexicano.

LEOPOLDO LUGONES, *Obras en prosa*. México, Aguilar, 1962; 1349 pp.

Se reúnen en este volumen cinco de las principales producciones en prosa del gran poeta argentino, entre ellas *La guerra gaucha*. No creo que sea necesario señalar la utilidad de una publicación como ésta. Ampliamente conocido y abundantemente editado como poeta, al Lugones prosista se le dedica menor atención. Parece, pues, oportuno haber agrupado en este libro, junto a *La guerra gaucha*, otros escritos suyos también muy representativos: *El imperio jesuítico* (texto de la segunda edición, de 1907), *Piedras liminares*, *Prometeo* y *El payador*.

Al interés que la reimpresión de estas obras indudablemente tiene, cabría añadirse el que prometen las 69 páginas del prólogo, escrito por el propio hijo de Lugones. Sin embargo, las esperanzas del lector quedan pronto frustradas. Imaginando que el trato familiar íntimo habría de determinar un conocimiento cabal de la vida y de las actitudes del escritor, esperábamos hallar en el prólogo un cúmulo de noticias reveladoras y de apreciaciones más profundas que las que puede proporcionarnos la crítica literaria documental. Nada en él colma tales esperanzas. Los datos biográficos son escasos y muy poco precisos. Veamos una muestra: "Por aquella época, inicióse en el periodismo en grande; asimismo en la administración pública, en el Correo primero, en la educación nacional después" (p. 36). Surgen inmediatamente las preguntas: ¿Cuáles son las fechas que delimitan "aquella época"? ¿En qué año se dio de lleno al periodismo? ¿En qué periódico inició esa labor? ¿Qué clase de colaboraciones escribía? ¿Cuáles fueron los puestos administrativos que desempeñó? Y otras muchas que no hallan respuesta en ninguna parte del amplio prólogo.

Como si no supiera de qué hablar, como si sólo tuviese un conocimiento vago e impreciso de la vida del poeta, el autor del prólogo llena las páginas de su escrito con digresiones de toda índole, políticas, religiosas, sociales, moralizadoras, gramaticales

(como ejemplo de estas últimas, las que incluye en la p. 45: "Realzaba el período con el certero manejo del adverbio, *del que se ha dicho que es el adjetivo del verbo*; administraba a tiempo los pronombres demostrativos, *cuya índole particular evita la reproducción del nombre*"; etc.).

Y todo ello, haciendo gala de un estilo ampuloso, confuso y retórico, del que puede servir como muestra el párrafo siguiente: "Y de pronto, márcase en su jornada de tanto tráfico, una pausa, brevísimo intervalo en el tiempo, sí, inmensa en la dimensión, comparable a un haz luminoso cuyo lampo iluminara inciertas lejanías. En aquel momento, las hojas cimeras de ese árbol de profundas raíces, que es-Lugones mismo, rehilan, estremecidas allá en lo altísimo del pensamiento por el soplo primero, céfiro que aún no alcanza a la achaparrada floresta de abajo. Tras una brevísima calma —ensueño de un ciclo terminado—, del fondo del horizonte de las ideas un venticito viene acamando las mieses y los pastizales, y entonces sí, columbran los más avisados, la virazón del poeta... Un fucilazo, relámpago sin trueno, parpadea en la vastedad del campo espiritual. Es que el vaho ardiente de la hornalla de Europa se traga todo el aire puro de las tierras; ocasiona el ciclón, que a tantos coge desprevenidos" (p. 55).

A cambio de los esperados datos sobre la vida y la obra de Lugones, su prologuista nos ofrece abundantes citas o alusivas referencias de Maquiavelo, Cervantes, Pirrón, Terencio, Shakespeare, Quevedo, Publio Carisio, Byron, Gautier, Erasmo, Leonardo, Huarte de San Juan, Menéndez Pidal y algún otro. Pero de las influencias que pueda haber en la prosa de Lugones apenas se nos dice una palabra.

Sinceramente creo que, por desgracia, lo único aprovechable de la labor de Leopoldo Lugones (hijo) en este volumen son las notas, de carácter esencialmente lingüístico, que añade a su edición de *La guerra gaucha*.

MIGUEL BLANCO

ADAM RUBALCAVA, *Puebla de los Angeles*, Ed. Arquitectura, México, 1963; con fotografías.

No hace mucho apareció el primer volumen de esta preciosa colección. Se titula *Pátzcuaro*. Este nuevo libro dedicado a Puebla acaso sea más rico en textos explicativos, pero las ilustraciones, con ser muy buenas, presentan en ocasiones aspectos relativamente vulgares de la ciudad. De todas maneras, es una